

EL ÚLTIMO COTILLÓN

Empezaban a llenarse de gente los alrededores de la sala. Una marea humana se aproximaba con algarabía, las botellas de cava pasando de mano en mano, algunos tocados de sombreritos de cartón que sólo cubrían una pequeña parte de la cabeza, otros soplando matasuegras y trompetas estridentes, todos con los hombros llenos de confeti.

Antonio distinguió a sus amigos entre la multitud. Le saludaron con entusiasmo mientras iban tomando las entradas que tenía en la mano. Todos le vitorearon por su habilidad para conseguir lo que los demás necesitaban, pero enseguida volvieron a sus bromas. Antonio buscaba al que se había rezagado estirando el cuello para mirar por encima de la gente.

Había llegado temprano, tras la cena tradicional con su madre, ese trámite desgastado que llevaban a cabo todas las Nocheviejas desde que él recordaba. Siempre los dos solos. No recuerda los días en que también se sentaba a la mesa su padre, era muy pequeño cuando los dejó. ¿Cómo podía exigirle a su madre más atención después del sacrificio que hacía para sacarlo adelante cada día? Él, que vino al mundo con adelanto y empezó la escuela por detrás de los de su edad.

Se refugió en su pandilla, chicos de los barrios bajos, como él, que le habían acogido con todo el cariño de que eran capaces. Es verdad que siempre le había tocado asumir los riesgos. Cuando saltaba a las fincas privadas a robar las frutas de temporada, por ser el más pequeño y escurridizo, o durante su estancia en el reformatorio por el trapicheo con camellos. Pero al menos entre ellos se sentía valorado.

Había conseguido las entradas para el gran cotillón usando todo su ingenio. Ya no cobraba ningún subsidio. Cuando le dijeron que llevarían a sus novias, se le arrugó un poco el ceño. Hubiera preferido despedir ese año en el que cumplió los veinticinco solo con la pandilla que andaba diseminada por toda la geografía. Pero debía comprender que el tiempo no pasa en balde.

La masa humana empezó a moverse y le fue apartando de sus amigos, entre la intención de seguirlos y la de esperar al rezagado. Le hicieron señas de que le esperaban dentro antes de desaparecer por la puertas de acceso. Antonio gritó con el brazo levantado al ver aproximarse al que faltaba, con ella de la mano. Comprendió entonces porque había rechazado su petición. Tomaron las entradas al vuelo con su saludo habitual y la oleada de gente los fue arrastrando hacia la discoteca. Antonio vio cómo su boleto volaba para caer entre los pies de la multitud que barría todo a su paso.

Cuando la plaza empezaba a quedar vacía buscó el trozo de papel que le permitiría unirse a la celebración. Era inútil. Un rato después las puertas se cerraron. Fue entonces cuando se percató del frío de la noche. La niebla se acercaba a sus pies difuminando la luz de las farolas, se sentó en un solitario banco acurrucado y dos lágrimas resbalaron hasta la comisura de sus labios.

La campana de la torre marcó las dos. Pronto pasaría el rápido de año nuevo. Se levantó con lentitud y encaminó sus pasos hacia las vías de la estación.

